

COMITE PRO-CENTENARIO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL

1870 - 5 de



Julio - 1970

LAS BIBLIOTECAS
Y SU REPERCUSION EN LA
CULTURA A TRAVES DE LA
HISTORIA

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL

Dr. Ramón López Jiménez

EL DIA 5 DE JULIO DE 1970



San Salvador, El Salvador, C. A.

1970



21.009
L864b

slv
Ej. 3

COMITE PRO-CENTENARIO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL

1870 - 5 de



Julio - 1970

LAS BIBLIOTECAS
Y SU REPERCUSION EN LA
CULTURA A TRAVES DE LA
HISTORIA

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL

Dr. Ramón López Jiménez

EL DIA 5 DE JULIO DE 1970



028694 ✓

San Salvador, El Salvador, C. A.

1970

COMITE PRO-CENTENARIO

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

Julio - 1970



1970 - 2 de

LAS BIBLIOTECAS
Y SU REPERCUSION EN LA
CULTURA A TRAVES DE LA
HISTORIA

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL

Dr. Ramón López Jiménez

EL DIA 8 DE JULIO DE 1970

058601

San Salvador, El Salvador, C. A.

1970

021.009
L 864b
SIV
p. 3

COMITE PRO-CENTENARIO
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

DIRECTIVA

Presidente	Dr. Ramón López Jiménez
Vice-Presidente	Prof. Alfredo Betancourt
Secretario	Prof. Francisco Morán
Secretario Adjunto	Lic. Luis A. Aparicio
Pro-Secretaria	Srta. Consuelo Garay
Tesorero	Cnel. Benjamín Mejía
Pro-Tesorero	Sra. Lola v. de López
Síndico	Dr. Salvador G. Aguilar
Vocal 1º	Cnel. Carlos Infante Guerra
Vocal 2º	Srta. Ella Ruth Rosteau

COLABORADORES

Pbro. Vicente Vega Aguilar
Lic. Matías Romero
Sr. Joaquín Castro Canizales
Sr. Julio César Escobar
Sra. Rosa Velásquez de Doumakis
Sra. Gladys de Masey
Sr. Valentín Amaya
Sr. Rodolfo Ramos Choto
Sr. Víctor René Marroquín
Sr. Ricardo Contreras.

COMITE PRO-CENTENARIO
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

DIRECTIVA

Dr. Ramón López Jiménez	Presidente
Profr. Alfredo Belandier	Vice-Presidente
Profr. Francisco Marín	Secretario
Lic. Luis A. Aguirre	Secretario Adjunto
Excmo. Conde de Gaxta	1.º Secretario
Excmo. Sr. Benjamín Méjia	Tesorero
Sra. Lola y de López	Pro-Tesorero
Dr. Salvador G. Aguirre	Síndico
Excmo. Conde Infante Guzmán	Vocal 1.º
Sra. Elisa Ruiz Hosten	Vocal 2.º

COLABORADORES

Profr. Vicente Vega Aguirre
Lic. Martín Romero
Sr. Joaquín Castro González
Sr. Luis César Escobar
Sra. Rosa Velázquez de Ibarrakis
Sra. Gladys de Masay
Sr. Valentín Amaya
Sr. Roberto Ramos Castro
Sr. Víctor René Marroquín
Sr. Ricardo Contreras

Señor Ministro de Educación,
Sra. Subsecretario del Ramo,
Señores Embajadores,
Estimados colegas del Comité,
Distinguidos señores y señoras.

Para mí es un honor que el Comité organizador de estos festejos, me haya designado su portavoz; y a la vez, es una íntima y profunda satisfacción espiritual, referirme a esta Casa centenaria que guarda el mejor tesoro del mundo. ¿Qué persona ilustrada no ama los libros? son ellos quienes nos acompañan en todos los momentos que nuestros espíritus sienten necesidad del consejo sabio, de la palabra consoladora o de la advertencia oportuna. En los libros encontramos, en forma condensada, la sabiduría humana, que en nunca interrumpida evolución, ha llegado hasta nuestros días, desde las más remotas épocas de la humanidad, pasando por todos los períodos que constituyen la civilización y cultura del hombre.

Este día, celebramos el primer centenario de la fundación de nuestra biblioteca. En el destino de los acontecimientos humanos, cupo la suerte al Lic. don Francisco Dueñas, firmar el decreto de fecha 5 de julio de 1870, que dió vida a la "Biblioteca Nacional Salvadoreña". Era Ministro del Ramo, don Gregorio Arbizú.

No se tiene noticia cierta de cuándo se publicó el primer libro en el mundo, aunque se ha divulgado que el primero fue la Biblia; pero la verdad es que en este libro inmortal, ya se citan escritos anteriores, perdidos en el tiempo.

El libro fue el resultado de un largo proceso histórico. Primero se escribieron las ideas y los conocimientos, en piedras y metales o en madera impregnada de cera. Hasta en planchas de tierra humedecida con agua, que endurecían después con fuego, así como ahora se hacen tejas y ladrillos de barro.

Cuatro mil años antes de Cristo, en Egipto grababan las paredes de sus pirámides y tumbas. A veces, las inscripciones, eran tan extensas, que su texto equivaldría a las páginas de un opúsculo. La inquietud humana y su ambición de eternizar sus conocimientos, impulsaron a los artistas, poetas y escritores, desde el siglo 2 de nuestra era, a grabar las máximas de Hesiodo en planchas de plomo.

Todos estos ensayos de la humanidad, son los precursores del libro, aunque desde luego, en la forma más empírica y primitiva.

El libro comenzó cuando en Egipto se utilizó la hoja de un vegetal, el papyrus, que abrió las puertas del arte y de la industria del papel. Indiscutiblemente fueron los egipcios quienes inventaron el arte de preparar el papyrus. En las antiquísimas tumbas de Egipto, se encontraron pedazos de los primeros papeles que fabricó el ingenio del hombre, los que son objeto de la más grande admiración, por todos aquellos que visitan la colección Passalacqua, existente en un museo de Berlín. ¿A qué edad corresponden? Es difícil precisar. Pero el gran naturalista Plinio, en su famosa obra, Historia Natural, hace referencia a la planta del papyrus, que crece en las llanuras pantanosas de Egipto o en las aguas estancadas del Nilo.

El papyrus era colocado en largas tiras, pegadas con cola. La escritura era a veces vertical y otras en sentido horizontal. Las tiras se juntaban para formar rollos que constituían un volumen. Vale decir, el primer libro de la Historia. Para sostener los rollos de aquel papel, se valían de un cilindro de madera que terminaba en una especie de botón, del cual se colgaba una etiqueta con el título de la obra. Los rollos podrían ser trasladados con relativa facilidad colocados verticalmente en cajas también en forma cilíndrica y guardados adecuadamente para su lectura. Así nació la primera Biblioteca que utilizó y consultó la humanidad. Prácticamente aquellas bibliotecas, daban o debieron dar, el aspecto de una tienda o venta de papel tapiz, como el que estuvo en El Salvador a principios del siglo. En las tumbas del

Egipto faraónico se encontraron muchos rollos papyraceos. También fueron descubiertos rollos parecidos, en la ciudad griega de Herculano, destruida el año 79 de nuestra era. En las ruinas de esta ciudad, en una habitación, que posiblemente era, de algún filósofo epicúreo, se hallaron centenares de rollos de papel, desgraciadamente calcinados por los efectos de la erupción del Vesubio, pero que no obstante, pudieron ser desenvueltos o desarrollados en partes, lo que permitió descifrar la escritura griega de muchas obras filosóficas.

Después del papyrus la humanidad dió otro paso en el camino de la cultura: el pergamino. Fue en el Asia Menor y en el Siglo III, antes de la era cristiana, que los industriales de Pérgamo aplicaron la piel de animales, para proteger los rollos de papyrus, dando origen al pergamino que conocemos en la actualidad. Ambos inventos, el papyrus, y el pergamino, fueron instrumentos al servicio de la cultura. Se multiplicaron los libros. Los particulares comenzaron a tener bibliotecas privadas, en forma de colecciones. Los maestros de escuela poseyeron nuevos instrumentos para difundir la instrucción. Se generalizó el hábito de los buenos libros. Al respecto se cuenta aquella anécdota de Alcibiades, quien abofeteó a un maestro de escuela, porque no tenía ningún ejemplar de La Iliada.

En el esplendor cultural de la Grecia antigua, aparecen las conocidas obras de Homero. La Iliada y la Odisea, que representan la primera historia y geografía del mundo helénico. Los poemas de Hesíodo, La Teogonía, y "Los Trabajos y los Días", fueron monumentos literarios y de sabiduría de aquellas épocas. Aunque la reputación de estas obras monumentales, cedió su lugar para dar primacía a la Biblia, a la que me referiré después.

También debemos aludir a otro tipo de literatura escrita que ya era conocida: libros de recuerdos y comentarios, como los del emperador Julio César que relata la guerra de las Galias, comentarios que han sido señalados como modelo de sencillez narrativa. Asimismo aparecieron los libros de conta-

bilidad. Al efecto los autores citan a Catón el Censor, quien por razones de su cargo tuvo que rendir cuentas de su administración, páginas que evidenciaron su probidad y austeridad. Por último, en aquellas lejanas edades, se conoció el libro de recuerdos familiares, estado civil, nacimiento de los hijos, educación religiosa, social o militar.

El libro, se abría paso lentamente entre la espesura del tiempo, Grecia y Roma competían en difundir la cultura. Los adinerados de entonces rivalizaban con los Príncipes, para fundar grandes bibliotecas. En Atenas, ciudad muy helénica, únicamente había libros griegos; en tanto que la ciudad egipcia de Alejandría, poseyó una de las bibliotecas más famosas de la humanidad, la cual fue destruida por un incendio, perdiéndose valiosas obras de autores de distintas nacionalidades.

Al recordar aquellos tiempos de la Humanidad, debemos hacer justicia a Roma, que fue la cuna de la institución de la Biblioteca, en su concepto moderno; eran depósitos de libros, pero con la debida organización técnica de la época. Sabios y eruditos eran quienes organizaban las bibliotecas.

Había librerías públicas para la venta de libros, pero no se limitaban al aspecto comercial; eran algo más: tertulias literarias y lugar de discusiones acerca de los nuevos libros aparecidos. Comenzaron entonces las dedicatorias de los autores, o sea la costumbre de los autógrafos. Como puede verse, esta costumbre arranca desde la época de los primeros emperadores romanos.

Las bibliotecas han existido desde tiempos muy remotos y en todas las naciones han sido consideradas con el respeto que merecen estos depósitos del saber humano. En la antigüedad estuvieron a cargo de los sacerdotes y unidas a los templos, por considerarse sagrada, la ciencia que contenían. En la actualidad, por regla general, ocupan propios y suntuosos edificios, entre los que se distinguen por sus dimensiones y comodidades, el del Museo británico de Londres, cuya gran

rotonda, que sirve de sala de lectura; mide 42.70 metros de diámetro, y su cúpula, sostenida por veinte pilares de hierro, alcanza la altura de 32,30 metros sobre el suelo.

Sorprende y admira la fecundidad literaria de los historiadores y escritores de las primeras épocas. Basta recordar que toda aquella producción era manuscrita; y a pesar de eso, escribían miles de volúmenes. Algunos, en forma de rollos papyráceos, han llegado hasta nuestros días. El inconveniente físico o incomodidad de los rollos de lectura, movió a los calígrafos a utilizar la escritura fina y a utilizar papel muy delgado. Fue por estas innovaciones que los 127 volúmenes de la famosa Historia Romana, de Tito Livio, pudieron publicarse en edición compactada en un solo tomo. Igualmente Cicerón refiere que en una biblioteca de Roma, encontró toda La Iliada, en 15.000 versos, escritos a mano en un rollo más o menos de las dimensiones de un libro mediano actual.

En las Bibliotecas de aquellas edades, se dió mucha importancia al libro con ilustraciones: de animales, plantas, mapas, planos, retratos de los más antiguos autores griegos y romanos, lo mismo que efigies del santoral político y del religioso.

Merece especial mención, los comentarios de los libros. Era tan grande la afición al comentario del libro valioso, que a veces, los comentarios eran de mayor extensión que el propio libro comentado. Huelga señalar, que los comentaristas eran personas muy ilustradas y eruditas; vale decir, verdaderos críticos científicos y literarios. Para recordar algún caso, basta citar "Los Diálogos" de Platón que fueron motivo de discusiones y esclarecimientos. Mas de un crítico dudaba que un personaje fuera real, históricamente, o que Platón se hubiera valido de un seudónimo. La misma trama de los Diálogos y los cambios de nombres, era motivo de confusión. Allí, entraron los críticos haciendo anotaciones con signos especiales, marginales, los cuales significaban, que aquellos libros precisaban de comentarios. En la biblioteca de la

nunca bien alabada iglesia de San Marcos de Venecia, existe un precioso manuscrito de La Iliada de Homero, con signos y anotaciones de Aristarco, notable crítico literario de la antigüedad, famoso por su severidad; y con acotaciones de gramáticos, discípulos suyos. Estas obras son ejemplares rarísimos. Fue función cultural de la Biblioteca, la que ayudó a los lectores, que con ansia de conocimientos consultaban esas obras en las Bibliotecas de entonces.

Admira cómo el deseo de saber, el ansia humana de conocimientos, haya impulsado a los lectores de aquellas épocas remotas, a visitar las bibliotecas, cuando todavía no existía; es decir, cuando no había nacido el libro impreso. Contrista pensar, que en la actualidad en muchas partes de nuestro país, las bibliotecas pasan vacías, huérfanas de lectores, y cuando aparecen algunos, para sus lecturas solicitan revistas relacionadas con deportes y los periódicos del día. En aquellas épocas, antes del prodigioso invento de la imprenta, los lectores pedían las obras de los filósofos griegos y las de sus comentaristas críticos. El público quería ilustrarse; y la forma más expedita, era consultar a los filósofos, escritores y poetas. Por su parte, los autores procuraban enseñar y grabar sus ideas, en los libros.

El libro —vale decir— las ideas, han tenido que librar cruentas batallas para imponerse. Los reyes, príncipes y magnates, persiguieron a los autores y a sus libros. Recuérdese que los tiranos de entonces encarcelaban y expulsaban de sus territorios a los escritores, poetas y trovadores. Lo menos que hacían, era quemar los libros. Esta persecución de los escritores es costumbre antiquísima de la humanidad. Las persecuciones actuales y las expulsiones de grandes intelectuales han cambiado únicamente de tipo de Gobierno: en la Rusia de los Zares se persiguió y expulsó a los escritores, como ahora lo hace el Gobierno de los Soviets. Iguales expulsiones se registran en muchos países de la América Latina. Es la lucha eterna del que ama y defiende la libertad contra quien impone el poder por medio de la fuerza.

Después de la época romana, advino el Cristianismo, que

en su primera edad, fue intolerante a las críticas de los filósofos que combatían su doctrina. Muchas obras contemporáneas de aquel desarrollo religioso, desaparecieron. Apenas se tiene conocimiento de ellas, por las contrarréplicas cristianas. Pero el desastre mayor aconteció con la invasión de los bárbaros. Los godos, hunos y alanos eran analfabetos ¿Qué amor podrían tener por el libro? La civilización y la cultura sufrieron entonces un eclipse momentáneo.

Después, como reacción de la humanidad, se multiplicaron las escuelas y las bibliotecas. En este instante de la Historia, fue el cristianismo quien prestó su más grande apoyo a la difusión de la cultura. La Biblia, que a través de los siglos ha sido combatida, negada y vilipendiada, provocó los más encendidos debates, pero en medio de todas las tempestades, el libro máximo: la Biblia, ha soportado los embates de todos los tiempos, hasta multiplicar sus ediciones y traducciones a cientos de idiomas y dialectos, en millones de ejemplares.

En la cronología histórica de la humanidad, es de justicia reconocer el gusto literario de los árabes. El califa Omán, tercer sucesor de Mahoma, reunió en un solo libro las partes del Corán y copió personalmente algunos de esos libros sagrados. La historia señala que uno de esos valiosísimos manuscritos, se conserva en la ciudad de Damasco y otro en Marruecos. Las ciudades dominadas por los musulmanes poseían magníficas bibliotecas, las que fueron destruidas por guerras e incendios.

En España los árabes evidenciaron su amor por el libro. La ciudad de Córdoba llegó a poseer una biblioteca de 400.000 volúmenes, así como un ejemplar del Corán manuscrito por Omán.

Es digna de la mayor admiración la dedicación y esplendor bibliotecológico en aquellas épocas anteriores a la invención de la imprenta; pero fue a partir de Guttemberg, que la difusión del libro, propiamente dicho, cobró los más

grandes impulsos. Millares y millares de libros comenzaron a salir de las imprentas en distintos idiomas.

Una de las más antiguas bibliotecas fue la de los judíos, que contenía exclusivamente libros sagrados, y estuvo en el templo de Jerusalén. Además de ésta, cada sinagoga judía tenía biblioteca propia, donde los publicanos acostumbraban ir a leer las Sagradas Escrituras. Todas desaparecieron a la conquista de los romanos.

En Egipto, la biblioteca más antigua, fué la fundada en Tebas.

La ciudad de Menfis, tenía la suya en el templo de Vulcano; pero la más importante, estuvo en Alejandría; creada por Ptolomeo, llegó a contar setecientos mil volúmenes. Destruída por un incendio al conquistar César el Egipto, rehecha y trasladada al Serapium, terminó de ser completamente arrasada, según unos, por orden de Omar, quien de acuerdo con una tradición muy extendida, mandó quemarla y calentar con el fuego de los libros, los baños de Alejandría, pero según otra versión, fue una banda de fanáticos cristianos, obedeciendo una orden de Teodosio el Grande, que ordenaba demoler en todo el Imperio los templos de los dioses del paganismo.

En el Asia Menor fué célebre la fundada en Pérgamo; contuvo doscientos mil volúmenes, y en ella se usó por primera vez el pergamino, nombre que debió a la citada ciudad. Persia tuvo también en la ciudad de Susa una biblioteca notable.

La primera biblioteca de Grecia fué fundada en Atenas. Otra fué establecida en el Siglo II por Adriano cerca del Partenón; Jerjes, el de las Termópilas, la trasladó a Persia, siendo devuelta posteriormente a los atenienses.

La más antigua biblioteca de Roma, se estableció en el monte Aventino. Augusto, que formó la segunda, la situó

en el monte Palatino, y el mismo emperador comenzó la llamada Octaviana, instalada en el extremo del Pórtico de Octavio, en Roma. La cuarta biblioteca fue la del templo de la Paz, fundada por Vespasiano.

Trajano formó la quinta, que llamó Ulpiana, la cual estaba en el fondo del magnífico Forum del imperio, y contaba cien mil volúmenes.

Simónico, preceptor del emperador Gordiano, fundó en Roma otra biblioteca que contenía ochenta mil volúmenes. En el Siglo IV, Roma contaba 29 bibliotecas públicas, las que fueron destruidas por los bárbaros y los iconoclastas, casi en su totalidad.

Al profesar los cristianos públicamente su religión, fundaron muchas bibliotecas, entre las que se citan como notables: la de Cesárea, creada por Julio el Africano; las de Hippona y Antioquía. Además, en cada iglesia existía una biblioteca destinada a los fieles que se dedicaban al estudio. Todas fueron destruidas por Diocleciano, en los días de su célebre persecución. Triunfante la nueva religión, Constantino fundó una biblioteca que en tiempos del emperador Basilio llegó a contar ciento veinte mil volúmenes, a pesar de haber sido una vez incendiada por los iconoclastas. Juliano el Apóstata, comenzó a organizar en Constantinopla y Antioquía dos bibliotecas, que, como las anteriores, fueron destruidas por los bárbaros. Restablecida la calma, el Papa Hilario I fundó dos, en la iglesia de San Esteban, de Roma, y Zacarías I rehabilitó la de San Pedro. Carlomagno creó en Alemania varias bibliotecas, siendo notable la de su palacio de Aquisgrán.

Los primeros ensayos de biblioteca en Francia, se debieron a Luis IX, el que reunió una colección de obras que puso a disposición de los sabios y estudiantes. Las obras que formaban esta colección fueron repartidas entre varios monasterios al fallecer aquel monarca; y suerte parecida tuvo otra posterior a Felipe el Hermoso. En la actualidad, Francia po-

see más de cuatrocientas bibliotecas públicas. Sobresalen las de París, entre las que figuran como más importantes, la Imperial, fundada por Carlos V en 1377, y que, trasladada a Inglaterra por Bedford en 1429, fue rehecha por Luis XI; la biblioteca Real, que establecida a su fundación en los castillos de Blois y de Fontainebleau, fue llevada por Enrique IV a París, se abrió al público en 1735, y es acaso la más rica, pues cuenta dos millones de impresos y gran número de manuscritos; la de Santa Genoveva, fundada en 1624; La Mazarina, creada en 1648 por el cardenal Mazarino y legada por éste al colegio de su nombre, hoy palacio del Instituto, es la primera biblioteca que en Francia se abrió al público; la de la Sorbona, la de la Ciudad, la del Arsenal y la del Instituto.

En Alemania y Austria, las bibliotecas cuentan mas de siete millones de volúmenes, siendo dignas de mención la de la Universidad de Munich, la de Praga, la de Pesth, la de Dresde y la de Berlín.

En Inglaterra y en Escocia las principales son: en Londres, la del Museo Británico, fundada en 1775; en Cambridge, la del Colegio de la Trinidad; en Oxford, la de la Universidad, abierta al público en el Siglo XIV por Ricardo de Bury, obispo de Durham, y enriquecida por Humphray en 1440 y por Tomás Bodley en 1697, y las de Dublín y Edimburgo.

En Bélgica las más importantes son: las de Lovaina, Bruselas, la de Borgoña y la Real.

En Grecia merecen especial mención las de los monasterios del monte Athos y de Patmos, por los preciosos manuscritos que encierran, y la de Atenas.

En Turquía, Constantinopla, tiene más de cincuenta bibliotecas públicas de difícil acceso a los europeos; es la más notable la del Serrallo, fundada por Selim I, y que encierra cuatro mil volúmenes árabes y persas.

Italia posee numerosas bibliotecas, siendo notables, la

Laurenciana, de Florencia; la Magliabechi y la Pitti, de Génova; la Ambrosiana, de Milán; la Franciscana, de Nápoles; la Angélica, la Barberini y la del Vaticano, de Roma. Esta última atesora gran número de curiosidades, citándose entre ellas un Virgilio que data del Siglo IV, el manuscrito autógrafa de las Rimas de Petrarca, otros escritos del Dante, copiados a mano por Boccaccio, la copia manuscrita del Tratado de los siete sacramentos, obra de Enrique VIII, regalada por éste a León X; el Breviario de Matías Corvino y la documentación del papado.

Libros incunables son los editados desde la invención de la imprenta hasta inicios del Siglo XVI. Al principio la mayor parte eran libros de caballería.

Los incunables tenían o tienen, tres formas tipográficas: en folio menor que es la más antigua; en cuarto, la más común y en octavo, que era la manuable y más cómoda. En los libros incunables y otros muy antiguos, la foliación no aparece con números, sino con letras. AI, A2, etc. Luego BI, B2, B3. Seguía la foliación con la letra C, y así, sucesivamente hasta que se introdujo la foliación numeral que hoy conocemos.

Los incunables se dividen en xilográficos y tipográficos; los primeros eran hechos con planchas de madera, esculpidas o grabadas. Los segundos, ya fueron hechos con caracteres movibles. El mejor modelo de incunable xilográfico es la Biblia de los pobres, llamada en latín "Biblia pauperum". Ostenta 50 ilustraciones referentes a la Historia Sagrada, con explicaciones y máximas de los profetas en lengua latina. A igual época corresponde otro libro famoso, por ser una de las primeras obras impresas: El espejo de la salvación, también en latín. Otro libro incunable famoso es Donato, texto de gramática que sirvió en las escuelas, fue impreso en planchas de madera coetáneamente en Alemania y Holanda. La Biblioteca de París, posee cuatro pliegos de un Donato impreso en pergamino.

Entre los libros incunables tipográficos, más antiguos,

están la Biblia Mazarina de 1450 a 1455; la Biblia de Schelhom, de 1461, la Bulle, de indulgencia, del Papa Nicolás V año 1454 y el Psalterium, de 1457. En la biblioteca de la Universidad de Valencia se conserva un maravilloso incunable tipográfico: las célebres trovas en honor de la Virgen María, impreso en 1474. Todos los incunables citados y muchos más, cuyos nombres omitimos, han alcanzado precios fantásticos. Fueron adquiridos por miembros de la nobleza y por personas acaudaladas de aquellos tiempos y de los actuales.

El rey Luis XVIII compró en 1817 para la Biblioteca Real de Francia el famoso Psalterium, impreso en Manuncia en 1457. Otros incunables célebres fueron adquiridos a precios fabulosos, como Los Comentarios de César, de 1469, el Decamerón de Boccaccio, de 1471, el Repertorio de la Historia de Troya; el Dante, por Alighieri de 1472 y otros igualmente famosos.

Nuestra Biblioteca, esta Biblioteca, abriga en su seno verdaderos tesoros bibliográficos. He podido entresacar de sus listas y catálogos, más de ciento veinte libros impresos en los años 1600, 1500 y 1400. Algunos de ellos anteriores al descubrimiento de América.

El núcleo inicial más importante de la formación, fue la compra que el gobierno salvadoreño hizo a la familia del Cardenal Lambruschini, quien era Secretario del Pontífice Gregorio XVI y además bibliotecario del Vaticano. La adquisición fue de seis mil volúmenes, en latín, italiano, francés y algunos, en otras lenguas. Cabe destacar en esta riquísima colección de libros antiquísimos, los siguientes:

colección de libros antiquísimos, los siguientes en Latín. Muy pocos en Italiano y un escaso número en Español:

- Selva o enciclopedia de todas las palabras y cosas de las bucólicas, geórgicas y de la Eneida de Virgilio, por Muronis Venecia en 1556.
- “Cesando la causa, cesa el efecto” .. Venecia en 1553.
- Colección de las decisiones de casi todos los casos de los tribunales de Italia Venecia en 1622.
- Tratado de la confesión, por Mancini Roma en 1664.
- Vida y costumbre de los filósofos, por Diógenes Laerti en 1559.
- Diccionario en ocho lenguas, por Calepinus Ambrosius en 1556.
- Vocabulario en ambos derechos, (Civil y Canónico) Venecia en 1559.
- Veinte y cuatro relatos de la vida y escritos de los santos padres, por Casanius Venecia en 1497.
- Tratado de la excelencia de la ley evangélica, Fray Diego de Guzmán . Madrid en 1594.
- Tratado de las restituciones, de las usuras y de las excomuniones, por Platea Venecia en 1477.
- Cien maneras de argumentar, por Everardus Venecia en 1539.
- “De la Justicia”, por Ludov Molina Venecia en 1594.
- Tesoro de los aforismos políticos, por Chokier Roma en 1594.
- Cinco obras, todas en latín, por Baldus Venecia en 1599.
- Seis obras en latín, por Bartolus .. Venecia en 1581.

Derecho de la guerra y de la paz, por Hugo Grotius	Venecia	en 1744.
Historia de Roma, por Tito Livio ...	Venecia	en 1664.
Instituciones de la lengua siria, por Caninius, impresa en	Paris	en 1554.
De la justicia y del derecho, por Domingo Soto	Venecia	en 1573.
Instituciones Oratorias, por Quintiliano		en 1575.
"Nuevas Declaraciones de Derecho Civil", por Albertonius, impresa en	Venecia	en 1564.
Polyodia o multitud de caminos del Derecho Civil, por Menchetto		en 1611.
De la potestad de la ley penal, por Alfonso, impresa en	Montebodis	en 1611.
Libro de cuestiones prácticas, por Covarrubias	Venecia	en 1568.
Práctica del derecho de patronato, por Juliano	Roma	en 1628.
De las reglas del Derecho, por Philippus Decius	Venecia	en 1588.
Retórica. Tres libros, Aristóteles ...	Basilea	en 1545.
Obras del Stagirita, por Aristóteles .	Venecia	en 1573.
Obras completas del stagirita, Prín- cipe de los peripatéticos, Aristóteles ..	Venecia	en 1614.
Suma Teológica, de Santo Tomás de Aquino, impreso en	Madrid	en 1797.
Tratado completo del arte notarial, por Rodolphus	Venecia	en 1583.
Acerca de los cuatro libros de las sen- tencias, por Huillermus Vozrlong ...	Venecia	en 1502.

Acerca de los tres libros de las instituciones de Justiniano, por C. Portius	Basilea	en 1549.
Sintaxis y fé de los instrumentos acerca del arte notarial, por Honthemius	Maguncia	en 1607.
Alegaciones Jurídicas	Venecia	en 1612.
Tres libros acerca de la ubicación del orbe, por Pomponius Mela	Basilea	en 1522.
Interesante historia acerca de los pontífices, por Platinae	Venecia	en 1504.
Libros de las historias, por C. R. Quintius	Venecia	en 1653.
Comentarios sobre el usufructo, la usucapión y por medio de qué perso- nas se adquieren, por P. Ricciardus	Venecia	en 1587.
Suma de todo el arte notarial, por R. Rudolphus	Venecia	en 1583.
De las leyes del connubio y del dere- cho marital, por Tiraquellus	Lugduni	en 1560.
Nueve libros de hechos y dichos memorables. Valerii		en 1614.
Concordancias de ambos derechos civil y canónico, por S. Ximénez	Madrid	en 1611.
Tratado de la excelencia del sacrifi- cio de la ley evangélica, por Fr. Diego Guzmán. (Antiquísimo, pero sin fe- cha).		
Discurso sobre Tito Livio (en italia- no), por Ciecarelli	Roma	en 1598.
Discurso sobre Cornelio Tácito, por Scipione	Florenzia	en 1598.

Libros de las historias, por Ruffi Curti	Venecia	en 1653.
Comentarios acerca de los jeroglíficos y de la escritura sagrada de los egipcios, por Bolzani	Amberes	en 1552.
Tratado acerca de la antigüedad de los tiempos, por Cravitaë	Venecia	en 1570.
De la cesión de los bienes, por Math Brunus	Venecia	en 1567.
Obras completas, por D. Covarrubias	Venecia	en 1588.
Tratado criminal, por Tiberio Decianus	Venecia	en 1590.
Instituciones de derecho civil con anotaciones de Silvestre Aldabrandini, por Justiniano	Venecia	en 1613.
De la constancia, por Justus Lypsus	Lugduni	en 1591.
Tratado de los juicios ejecutivos, por F. Mansonius	Venecia	en 1626.
De la interpretación extensiva de la ley, por Bartolo Caepola	Venecia	en 1557.
Comentarios doctísimos, por Hieron Cagnolus	Venecia	en 1567.
Obra jurídica, por Philippus Decius	Venecia	en 1585.
Instituciones jurídicas civiles, anotadas, por Justiniano	Venecia	en 1613.
De la potestad de la ley penal, por Alphonsus	Lugduni	en 1556.
De la prenda y de la hipoteca, por Reinh Barchovius	Rostochii	en 1656.
De la Dote, por Benicasius	Perusiae	en 1590.
Espejo del derecho, por Tiberio Decianus	Venecia	en 1590

De los bienes maternos, por Arius Pinellus	Lugduni	en 1566.
Práctica y teoría criminal	Venecia	en 1603.
Vocabulario de las dos lenguas toscan- na y castellana, por Las Casas Christ	Venecia	en 1582.
De la historia del mundo, (en italiano), por Gio Tarchanota	Venecia	en 1562.
Tratado de la adquisición de la pose- sión, por Archile	Venecia	en 1573.
De las ejecuciones, Asinius	Venecia	en 1589.
Tratado del oficio y autoridad del Legado de Látere, por Ferentillus ...	Venecia	en 1571.
Tratado de las nulidades, por S. Vantio	Venecia	en 1567.
Tratado del orden de los juicios, por Maranta	Venecia	en 1557.
Tratado acerca de los recursos contra las sentencias prejudiciales, por Vicentius	Colonia	en 1521.
De los testigos, por Aemeylius	Francfort	en 1588.
De la significación de las palabras. Diez libros, por Gallinus	Venecia	en 1582.



El amor al libro se demuestra en primer término con su lectura. Otras manifestaciones de amor por el libro, son las bibliotecas privadas y la buena conservación de los ejemplares. En El Salvador hay muchas bibliotecas particulares, basta recordar en este acto, la biblioteca del historiador don Miguel Angel Gallardo, de la ciudad de Santa Tecla. Posee más de 27 mil ejemplares, cuidadosamente ordenados. Tiene libros antiguos en latín, como "Marco Aurelio con L'horolo-

gio de Prencipe" por Antonio de Guevara, del año 1581; "Opera omniae", editada en Amberes en 1614. Una obra de Baronio, "Indice del Sumo Pontífice", de 1643, otra de Bonnel, en francés: "Instituciones del Derecho eclesiástico de Francia", editada en París en 1678; otra de Ellies du Pur, también en francés, "Nuevas Bibliotecas de autores eclesiásticos" de 1687; otra obra en Latín, "Introducción geográfica del Universo", editada en Amsterdam en 1697.

Además de esos libros de gran estimación por su antigüedad, el Sr. Gallardo posee, valiosísimas colecciones como la "Enciclopedia razonada de artes y oficios", impresa en París en 1751, compuesta de 35 volúmenes. La Enciclopedia portuguesa y brasileña, de 40 volúmenes; la Enciclopedia italiana, 41 volúmenes; "Diccionario de Teología católica", en francés, quince volúmenes; "Antigüedades mexicanas", en inglés, por Lord Kinsborough, 9 volúmenes; el famoso magazine de Geografía Nacional, en inglés, coleccionado desde 1888 hasta estos días, 137 volúmenes; una colección casi completa del Diario Oficial desde su primer número en 1847 hasta el presente, 360 volúmenes.

Agradezco a Don Miguel Angel Gallardo el suministro de datos atinentes a su biblioteca, que sin duda alguna, es la mejor de El Salvador y acaso, de Centro América.

Para poder complacer al Comité y al selecto auditorio, me he servido de cuantas informaciones he podido recoger en enciclopedias y diccionarios; todo, con la finalidad de que esta disertación sea lo más adecuado al acto que celebramos.

F I N A L

El vía-crucis que ha sufrido la colección Lambruschini, es algo que nos duele hasta la entraña. No voy a narrar ese calvario del libro. De los libros más valiosos que podría lucir con orgullo la Biblioteca Nacional de El Salvador. Pero sí quiero pregonar muy alto, que entre el 2º y el 3er. piso de esta casa, yacen como muertos, —no sé— acaso más de 2000 volúmenes de la primitiva colección Lambruschini. Están

amontonados en una pequeña habitación, sin luz ni aire, colocados en el suelo, dañados, por la humedad de las baldosas de cemento. La puerta de acceso a ese minúsculo cuartito, no tiene llave. Las bisagras de la única puerta no tienen tornillos; están amarradas con alambres. ¿Cuántos han desaparecido? ¿Quién sabe! Pero la verdad dolorosa, es que están tirados en el suelo, amontonados como materiales de construcción aunque a decir verdad, cuando se llevan los ladrillos y las tejas, se tiene mucho más cuidado al colocarlos ordenadamente. Estos libros que en la actualidad costaría adquirir cientos de miles de colones, se están arruinando. Yo, en nombre de la Cultura, lanzo este grito de socorro. ¿Cómo es posible que en cien años transcurridos, no haya habido ningún Jefe de Estado, ni un Ministro de Instrucción Pública, Cultura o Educación, que dirigiera sus ojos y su mente, en defensa de ese tesoro excepcional que lentamente ha venido destruyéndose y disminuyendo? Han pasado más de 40 Jefes de Estado por Casa Presidencial y quien sabe cuántos ministros del ramo, y nunca han tenido tiempo para apreciar en toda la dimensión de su maravilloso contenido, el valor de esos libros raros, que son codiciados en los países que aman la Cultura. Yo, señores, en nombre de mi patria, ruego al Sr. Presidente de la República y al Señor Ministro de Educación, tomar las medidas que sean necesarias, para proteger los libros de la colección del Cardenal Lambruschini, que todavía puedan salvarse. Muchísimas gracias, en nombre de la Cultura.



S 502/009
L 864.11b

17-10 986

021.009
L864b
slv
Ej. 3

I-028694

López Jiménez, Ramón

Las Bibliotecas y su Repercusión...

IMPRESA CRITERIO - SAN SALVADOR



01M001466